

Vocación de amor Ángel de la O

En el 126 aniversario del nacimiento de una mujer sin par.

México, D.F., 6 de julio de 2015



En El Lencero, muy cerca de Xalapa, se encuentra el casco de una hacienda que fue de Santa Anna. Es una casona bella y fresca, rodeada de jardines y un lago en el que se deslizan cisnes negros altivos y ausentes. A un costado, la capilla que *El Generalísimo* levantó para una de sus bodas. El visitante que pasea por los prados o toma asiento a la sombra de una higuera centenaria, si es sensible y de espíritu abierto, puede escuchar el murmullo de voces del pasado y sentir cómo, en pequeñas pulsaciones, un efluvio de cantos apenas perceptibles le penetra e ilumina. La alegría resultante no se explica bien a bien, pues difícilmente esa magia podría conectarse al “seductor de la Patria”. Se sigue, entonces, que otra presencia hay entre la verdura de la comarca. Y esa otra presencia, señoras y señores, es nada menos que la de Gabriela Mistral, cuya efigie en bronce se alza al oriente del conjunto como un sentinela en perpetua contemplación del paisaje que amó profundamente.





Estoy seguro de que muy pocos mexicanos serán los que no han oído hablar de Gabriela Mistral y han disfrutado su enorme poesía. Quizá no tantos sepan que nació en Chile como Lucila Godoy Alcayaga el 6 de abril de 1889 en Vicuña, que fue la primera latinoamericana en recibir el Premio Nobel y que se sentía mexicana. Los veracruzanos, y en particular los xalapeños, debemos celebrar que la efigie de la poeta vigile nuestra comarca y su mirada esté siempre en nosotros.

Su fama como poetisa (aunque ella siempre se dijo *poeta*, término que sin duda hoy debatirían nuestras admiradas feministas) comenzó en 1914 luego de haber sido premiada en los Juegos Florales de Santiago por sus *Sonetos de la muerte*, inspirados, se dice, en el suicidio de Romelio Ureta, su primer amor. En ese concurso se presentó con el seudónimo que desde entonces la acompañaría toda su vida y que es un homenaje a Gabriele D'Annunzio y Frédéric Mistral, por quienes tenía una profunda devoción. (Esto de *adoptar* apelativos es algo maravilloso, pero asusta a los espíritus chatos y a las almas pequeñas. El enorme compatriota de la Mistral, quince años menor que ella, Pablo Neruda, había nacido Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto y adoptó el apellido de Jan Neruda, uno de los

fundadores de la lengua literaria checa entre cuya obra se encuentra el delicioso tomo *Historias de la Malá Strana* publicado en español allá por los setentas en la desaparecida Editorial Sudamérica.)

Su vida fue de una intensidad alucinante. A los catorce años comenzó a publicar en periódicos de su natal Vicuña, como *El Coquimbo*, *La Voz de Elqui* y *La Reforma* y desde el principio de su carrera se refugió en distintos seudónimos. "Alma", "Soledad" y "Alguien" fueron algunos de los nombres de plume con que la niña Lucía firmaba sus colaboraciones y que hoy nos hablan de la naturaleza de aquellos primeros artículos, pues esta mujer fue desde siempre un ser que vivía en y para el amor.

El padre de Gabriela era un modesto profesor rural y su hija a los 18 años abrazó esa profesión. Fue directora de varias escuelas y obtuvo reconocimiento como educadora.

Las aulas dejaron muchas cosas a la joven: el amor a los niños, traducido en una vasta obra poética que hoy continúa recitándose en salones de todo el continente; el amor a la educación, y el amor por Romelio Ureta. Romelio se suicidó y la leyenda dice que Gabriela vivió el suicidio como una pérdida irreparable. Su propia obra sugiere tal cosa, aunque, como veremos más adelante, ella misma lo desestimó.

En "Ausencia" creemos adivinar el dolor profundo de la mujer que ha perdido el amor y la razón de vivir. Un fragmento:

Se va de ti mi cuerpo gota a gota. / Se va mi cara en un óleo sordo; / se van mis manos en azogue suelto; / se van mis pies en dos tiempos de polvo. // ¡Se te va todo, se nos va todo! // Se va mi voz, que te hacía campana / cerrada a cuanto no somos nosotros. / Se van mis gestos, que se devanaban, / en lanzaderas, delante de tus ojos. / Y se te va la mirada que entrega, / cuando te mira, el enebro y el olmo. // Me voy de ti con tus mismos alientos: / como humedad de tu cuerpo evaporo. / Me voy de ti con vigilia y con sueño, / y en tu recuerdo más fiel ya me borro. / Y en tu

memoria me vuelvo como esos / que no nacieron ni en llanos ni en sotos. // (...) ¡Se nos va todo, se nos va todo!

Mas en una “autobiografía” publicada en la revista *Mapocho* en 1988, la propia Gabriela se encargaría de precisar:

“Cara M. Rosa, le digo con la franqueza ruda con que hablo a los propios, que me cuesta un mundo entrar en un comentario amoroso de mí misma. A pesar de la publicidad cruda y no poco repugnante a que han llegado los biógrafos respecto de los escritores, nunca entenderé y nunca aceptaré que no se nos deje a nosotros, lo mismo que a todo ser humano, el derecho a guardar de nuestros amores cuanto nos hemos puesto y que por alguna razón no dejamos allí razones de pudor, que tanto cuentan para la mujer como para el hombre. Pero se han hecho disparates tan descomunales a este respecto, que esta vez tengo que hablar y no por mí sino por la honra de un hombre muerto.

“Romelio Ureta no era nada parecido, ni siquiera era próximo a un tunante cuando yo le conocí. Nos encontramos en la aldea de El Molle cuando yo tenía sólo catorce años y él dieciocho. Era un mozo nada optimista ni ligero y menos un joven de zandungas. Había en él mucha compostura,

hasta cierta gravedad de carácter bastante decoro. Por tener decoro se mató. Nos comprometimos a esa edad. Él no podía casarse conmigo contando con un sueldo tan pequeño como el que tenía y se fue a trabajar unas minas no recuerdo donde. Volvió después de una ausencia larga y me pidió cuentas a propósito de murmuraciones tontas que le habían llegado sobre algún devaneo mío. Yo vivía desde que él se fue con mi vida puesta en él, no me defendí la mitad por aquella timidez que me dejó muda aceptando mi culpa en la escuela de Vicuña y creo que la otra mitad por esa excesiva dignidad que me han llamado soberbia muchas veces. La queja me pareció tan injusta que pensé entonces, como pienso hoy mismo, que no debía responderse y menos hacer una defensa. Por eso rompimos y las novelorías necias tejidas en torno de este punto no son sino cosa de charlatanes. Este hombre siguió su vida y era natural que la viviese como casi todos los hombres chilenos que no sobresalen en la temperancia. Iba a casarse y llevaba a la vez una conducta ligera que no había sido nunca la suya; se divertía demasiado y su novia parece que no lograba retenerlo.

“Mucho después de unos cinco años de separación nuestra yo lo encontré casualmente en Coquimbo; hablamos bastante tiempo; negó la noticia de su matrimonio y nos despedimos reconciliados casi sin palabras, tan cordiales como



antes y con la impresión de un vínculo reanimado y definitivo. Cuantos lo han denigrado, hablando de un robo común y hasta de una estafa, no han dicho que su hermano, que era casi su padre pues lo había criado por ser ambos huérfanos, era en ese tiempo el jefe de los ferrocarriles en su zona. A cualquiera podría ocurrírsele que Romelio Ureta cogió aquel dinero pensando en restituirlo de inmediato o contando con que su hermano, ausente por unos días se lo prestaría. Este señor era persona de situación holgada y lo quería mucho. No creo que nadie piense en arruinar su carrera por la suma infeliz que él cogió de una repartición fiscal. Parece que vino un arqueo impensado de caja: el hermano andaba en Ovalle o en otro punto de la provincia y no pudieron comunicarse de ningún modo. Romelio Ureta era hombre tan pundonoroso como para matarse, antes de sufrir vivo una vergüenza. A esta altura del tiempo y de la costumbrea, el hecho no se entiende, pues la probidad escasea más que la moneda de oro. Yo lo comprendo por haberle conocido a él y al viejo Chile. Doy cuantiosos detalles porque me irrita que se remuevan los huesos de un muerto con una falta tal de inteligencia y de consideración. Más que eso me indigna el que por escribir una gacetilla sobre mí y por cobrarla en un periódico y también por alimentar la glotonería del público, se revuelva una sepultura.”

Gabriela Mistral llegó a ser directora de varios liceos. Fue una destacada educadora y desde muy joven visitó México, país al que amó al grado de sentirse mexicana. Aquí se convirtió en una decidida militante de la reforma educativa de José Vasconcelos, luego de que en 1922 fue invitada por el gobierno mexicano para participar en el programa educativo encabezado por el filósofo y ministro de Educación. Su legado en México es inegable.

En Estados Unidos y Europa estudió las escuelas y métodos educativos. A partir de 1933, y durante veinte años, desempeñó el cargo de cónsul de su país en Madrid, Lisboa y Los Ángeles.



Los poemas para niños de la Mistral se recitan y cantan en muy diversos países. En 1945 se convirtió en la primera latinoamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura. Posteriormente, en 1951, se le concedió el Premio Nacional de Literatura de su país.

A su primer libro de poemas, *Desolación* (1922), le siguieron *Ternura* (1924), *Tala* (1938), *Lagar* (1954) y otros. Su poesía, llena de calidez, emoción y marcado misticismo, ha sido traducida al inglés, francés, italiano, alemán y sueco, e influyó en la obra de muchos escritores latinoamericanos posteriores, como Pablo Neruda y Octavio Paz.

Se le ha llamado *escritora modernista*, pero como la verdad no tengo idea qué sea eso o cómo se lea, transcribo lo que de su obra leí en algún texto académico: su modernismo no es el de Rubén Darío o Amado Nervo, ya que ella no canta ambientes exóticos de lejanos lugares, sino que se sirve de su estética y musicalidad para poetizar la vida cotidiana, para “hacer sentir el hogar”.

Esta poeta excelsa, que reveló al mundo no sólo el sentimiento chileno sino el hispanoamericano todo a través de sus versos, dejó de existir en el mundo terrenal víctima de un cáncer de páncreas, el jueves 10 de enero de 1957 a los 68 años de edad, en Estados Unidos, para iniciar así su vida etérea, de alcances legendarios, en la literatura universal.

